

tad... Desdeña el arte, el teatro y los artistas... En una palabra, es un loco que deja escapar la ocasión y vuelve la espalda á la gloria y á la fortuna.

—¿Quién ha sido su maestro de música?

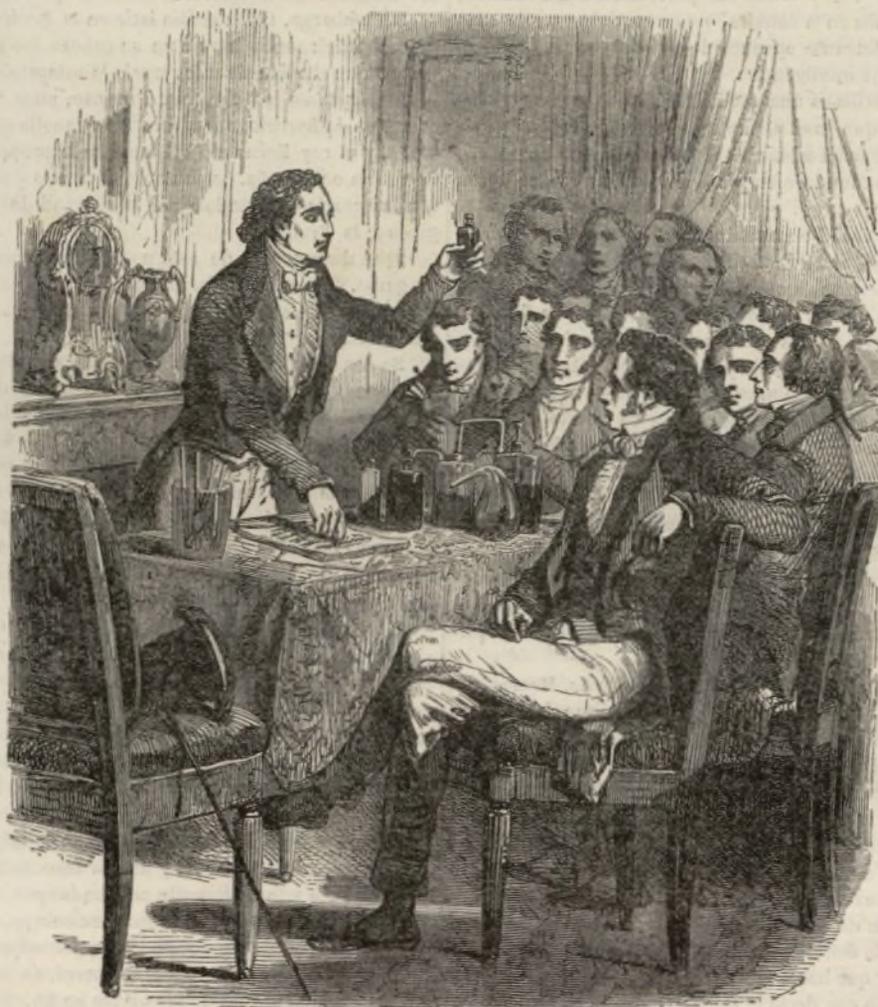
—Dicen que él mismo.... No tiene el menor antecedente... Há cantado hace dos dias en casa de un banquero en donde ha hecho furor.... El solo parece que no lo ha conocido.

—¡Bah! dijo el amigo en quien la exageración producía una reacción en sentido contrario, tendremos todavía un

to de grande entusiasmo... Pero el amigo no oía mas que con un oído no apartando los ojos del español, proponiéndose dar con él una buena lección á su amigo.

Prevenido por Champein, el conde de Balk dijo una palabra al oído del jóven desconocido, y éste sin mas ceremonias y sin hacerse de rogar, se puso á cantar uno de los trozos mas difíciles y mas admirados del *Matrimonio Secreto*.

Fue un verdadero golpe teatral. Voz, método, ligereza, fuerza, gracia, elegancia, adornos, espresion, todo era perfecto, maravilloso, increíble en el ejecutante. Nunca la



Primer curso de Orfila ante Beclard Coquet, Edwards y otros.

fenómeno mas como tantos otros que hemos visto desaparecer. Uno de esos prodigios que los salones parisienses ponen en evidencia por algunas noches. Amigo, dudaré de la habilidad de vuestro aficionado castellano, hasta que no me le hayais hecho oír á todo mi sabor.

—Inmediatamente, si quereis, replicó Mr. Champein; no se da ningun tono con la música; es un jóven que nunca se hace de rogar.

Se escuchó una fantasía de Creutzer que obtuvo un éxi-

suave melodía de Cimarosa se habia visto mas dulcemente interpretada.... Jamás la música en sí misma habia producido nada mas delicioso, mas simpático, mas encantador. En medio de una salva de aplausos, el amigo se levantó, corrió al español en el momento en que Lais le decia: ¡Jamás se ha cantado mejor ni se cantará esta pieza como vd. lo ha hecho, señor Orfila!

—¡Orfila! exclamó el amigo, he aqui un nombre que bien pronto eclipsará el de los mas famosos artistas.

En efecto, era Orfila; pero se equivocaba el dilettanti anunciándole su gloria en la escena.

Caminaba á una gloria mas pura, mas sólida, y debía llegar á ella, á pesar de lo que habia dicho Champein, cantando solo en sus ratos perdidos y permaneciendo simple aficionado á la música.

Todos los que han oído á Orfila en sus salas, antecámara de los teatros líricos, saben que no hay exageracion en lo que acabamos de contar. El ilustre decano de la facultad de medicina era realmente el mas admirable cantante de su época. A los sesenta y seis años poseia todavía la frescura de su voz y todas las perfecciones del método, como conservaba en la cátedra, y con la pluma en la mano, todo el penetrante encanto de su elocuencia, todo el vigor de su feliz inteligencia.

La vida de Orfila es una verdadera novela, tantas son las peripecias porque pasa. Orfila es á la vez un sábio de primer orden, un hábil administrador, un orador completo, un hombre de mundo ejemplar y el primer cantor de su época.

Don Mateo José Buenaventura Orfila, nació en Mahon, isla de Menorca, el 24 de abril de 1787, de una familia de modestos comerciantes que hubieran podido envanecerse de su nobleza, porque uno de sus abuelos habia figurado en el siglo XIV en los consejos del rey y dotado á su ciudad natal de un hospicio y de un convento. El padre del químico á los quince años, le lanzó sobre un buque de cabotage como segundo piloto; pero á su vuelta confia su instruccion á un padre franciscano que le enseñó un poco de griego, de latin y mucha escolástica, y como Gil Blas en Oviedo, hizo de él el primer ergotista y disputador de Menorca. Sostuvo unas conclusiones públicas de tres horas en la iglesia de San Juan. Conociendo Orfila con su gran talento que no sabia nada, y arrastrado violentamente á la ciencia, fué á estudiar á Valencia la medicina, obteniendo en sus cátedras los primeros premios de física y química.

Al mismo tiempo cultivaba las matemáticas. Hemos dicho mal, ¡las enseñaba á dos muchachos que fueron sus discípulos! Aprendía el francés con un gascon, y el inglés con un irlandés. Viendo á su maestro de química cien años atrasado compró los libros de Lavoisier y de Fourcroy, renunciando á la enseñanza oficial, convirtiendo su cuarto en un laboratorio, donde trabajaba con tal afán y teson que aun á las altas horas de la noche se veia brillar todavía la pálida luz de su belon. Dormía muy poco. Despues de un exámen de dos horas en donde instruyó y asombró á sus jueces, lo denunciaron al inquisidor de Valencia, porque suponian que habia manifestado que el mundo era mas antiguo que lo que decia el Génesis. Llamóle el inquisidor y le preguntó. El discípulo concilió tan elocuentemente su doctrina geológica con la Escritura santa, que el inquisidor le dijo con bondad:—Han delatado á usted; pero usted me ha convencido: vaya con Dios y sea el honor de la España, y sepa que el Santo Oficio no es tan bárbaro como cuentan.

Desde Valencia Orfila pasó á Barcelona, donde su junta de comercio le envió á Francia, con cuatro mil cuatrocientos reales. En el camino encontró Orfila un amigo que le pidió prestados *cuatro mil reales*. Olvidó volvérselos, y se encontró desembarcado en París con

dos reales ó cincuenta céntimos. Un tio suyo de Marsella le envió dos mil reales: la junta de comercio le habia señalado una pension de seis mil reales hasta la guerra. El 27 de diciembre de 1811 recibió el doctorado. Suprimidos los socorros de su familia, la pension le habia sido tambien suprimida por la junta mucho antes; su padre manda á su hijo que vuelva á Mahon, y este le responde, ¿cómo? abriendo en el mismo París, en su casa, un curso libre de química. Su buena estrella le lleva por oyentes ¿á quién? á Beclard, á Julio Coquet y á Edwards, que debian crecer con él mismo y permanecer sus amigos hasta la muerte.

Sin embargo, Orfila sentia latir en su pecho un corazon todo español: sentia hervir en su cabeza los grandes proyectos que habian de asegurarle la inmortalidad y hacer progresar tanto las ciencias. Propuso, pues, á la junta de comercio de Barcelona ir á fundar en aquella ciudad una cátedra, y al rey Fernando VII tambien le propuso organizar la ciencia en España. La junta de comercio y el rey le dieron las gracias, dejándole así la libertad de consagrar su genio á la Francia.

¡Qué desgracia la de esta nacion que cuando produce un genio, ella misma lo arroja de sí, y lo deja para que se aprovechen de sus talentos y de sus luces las naciones extranjeras!

Se conoce la rapidez y el brillo de su carrera en París. Sucesivamente médico de un cuartel de París por Luis XVIII en 1816, profesor de medicina legal en 1819, miembro de la Academia en 1820, trasladado á la cátedra de química en 1823 que no ha abandonado sino pocos dias antes de su muerte, el viernes 4 de marzo del año 1853, despues de una admirable leccion sobre la potasa y sosa en presencia de todo el personal de la facultad, en el inmenso anfiteatro de la escuela de Medicina. ¡Aquella leccion fué al último canto del cisne de Mahon!

Como decano de la escuela de Medicina, Orfila ha sido vivamente atacado. ¡No habia de tener enemigos en un pais tan grande como la Francia, un español, un extranjero y un hombre tan eminente como Orfila! Hoy que la muerte lo ha arrebatado á las ciencias se conocen los progresos que se deben á su audacia administrativa: el jardin de la facultad, la clínica agrandada, el museo Dupuytren, el museo anatómico, y otras muchas cosas mas: los mismos que le calumnian, han tenido que bajar la cabeza ante esos legados de ciento cincuenta y un mil francos tan generosamente dados y tan útilmente empleados por él.

Ha legado tambien á la ciencia su cuerpo, entregado al escalpelo de sus discípulos por su voluntad suprema.

En la facultad, en el consejo general, en los hospitales, en la universidad, en todas partes en fin, le citan, y las ideas que iniciaba, segun el inflexible rigor de su lógica y elocuencia irresistible, recuerdan el inmenso vacío, que con su muerte ha dejado Orfila.

Aun se recuerda y recordará por mucho tiempo en la Europa, el papel providencial que este gran químico legal hizo en los procesos de envenenamiento. Aquel papel tenia tanto mas efecto sobre el público, cuanto que el actor aparecia bajo la doble faz terrible y encantadora del inquisidor y el hombre de mundo, del alquimista y del barítono. En el drama del tribunal de los Assises, aquella grave figura aparecia como la imágen de la fatalidad científica que

desenlaza la acción sacudiendo la antorcha de la ciencia en las tinieblas del crimen, haciendo hablar la muerte exhumada del sepulcro y trayendo la prueba flagrante que confunde al culpable y dicta la sentencia de los jueces. Era el mismo Orfila que después brillaba en los círculos de las jóvenes elegantes y de los aficionados á la música, para oír sus inspiradas melodías al piano.

¡Cuántas veces en los procesos, que tanta celebridad han tenido en Francia, como el de Mad. Lafarge, le hemos visto entregarse á sus fúnebres operaciones, poniendo el cadáver en una caldera, haciéndole pasar en seguida por sus alambiques para descubrir la huella, el vestigio, la partícula del arsénico, que perseguido por un arte invisible, llegaba al fin á dejarse ver sobre el esmalte de una taza de porcelana, tomando la forma de un anillo! Figurémonos á este sabio melomano, en su laboratorio, cual lo representamos en el retrato que damos á nuestros lectores, entre sus hornillas y el piano, examinando con un ojo el aparato que está sobre el fuego, y con el otro la música que está sobre el atril: teniendo en una mano la espumadera y recorriendo con la otra las teclas del piano: meditando el problema químico y tarareando una ária de ópera, al ruido del hervor de la marmita en donde confecciona su lúgubre obra!

Orfila no era solo un gran médico, era un gran filósofo. En enero de 1853 vió entrar en su gabinete á un magnífico nabab indiano que creía tener dos narices y que, atraído por la reputación universal del sabio, venía desde Lahore á hacer que Orfila le librase de su nariz suplementaria. Cruel hubiera sido responder á un enfermo de esta clase, y que venía de tan lejos, que lo que tenía era una manía, y que no poseía sino la nariz que Dios le había dado, y buena por cierto. En verdad, dijo Orfila, jamás he visto una nariz mejor; pero médico y filósofo, el ilustre toxicólogo aparentó prestarse á las falsas ideas del indiano, examinó bajo todas sus fases aquella pretendida nariz parásita, y con sangre fría y aplomo le dijo:

—Mañana quedará vd. desembarazado de ella; vuelva vd. al medio día.

Al día siguiente Orfila se procuró en los gabinetes de disección una nariz. Adormeció al indiano por medio del cloroformo, y le aplicó durante su sueño un vendaje, fingiendo diestramente todos los incidentes de una operación. Al despertarse ¡cuál fué la alegría del indiano cuando el hábil operador le mostró y colocó entre sus manos aquella nariz, causa de todos sus pesares y de que le había desembarazado su hábil mano! Así fueron pasando las cosas algunos días; pero una nueva alarma vino á turbar la tranquilidad del operado.

—Señor, dijo éste á su operador, creo que vuelve á retoñar la nariz!

En vano Orfila trató de persuadirle lo contrario; en vano hubo ido á consultar á Mr. Velpeau, célebre médico también, que le dijo que la operación estaba perfectamente hecha y que la cura era radical: el pobre nabab no quedó enteramente convencido y se volvió á Lahore, diciendo volvería al año próximo á hacerse de nuevo operar. Desgraciadamente no siempre se cura, aun por medios tan ingeniosos, á estos desgraciados nosómanos.

Los primeros conocimientos de la música los debió Orfila á un fraile francisco que se los enseñó á fuerza de pal-

metazos, de manera que tomó un grande horror al arte que después fue el encanto y las delicias de su vida. No podía sobre todo comprender nada de la medida del compás, cuando el doctor Siguier se lo esplicó cortando un palo en dos, después en cuatro partes iguales y diciéndole estas palabras:—Estos cuatro palitos iguales son la medida á cuatro tiempos. Forman cuatro negras. Esto es, las cuatro posturas iguales como estos cuatro palitos forman el conjunto de su medida, como estos cuatro palitos forman el conjunto del palo. ¡Hé aquí todo el misterio! Orfila comprendió é hizo progresos asombrosos.... Pero bien pronto un castigo paternal, demasiado severo, le afligió, causándole un completo tartamudeo. El doctor Siguier vino aun en su ayuda y le hizo cantar muchos meses seguidos al facistol. Le curó tan radicalmente que ejecutó al año siguiente en la iglesia de Mahon una misa arreglada por él mismo, con grande aplauso de todos los concurrentes.

Orfila cayó enfermo con una aguda pulmonía el 5 de setiembre de 1853. A los siete días se había apagado ya en el sepulcro aquella sublime inteligencia.

En el patio de la escuela de Medicina, admira el viajero una magnífica estatua de bronce que la Francia ha levantado al grande químico español!!

Orfila había vuelto á España en 1850. Fué acogido por todas las personas notables de Madrid, por todos los amantes de las ciencias, como una de las glorias de España. El que escribe estos renglones, tuvo el honor de que honrara la mesa de su padre en compañía de los distinguidos médicos españoles Corral, Sanchez, y Martinez Gil. El gobierno español que muchos años antes le había dejado que fuese á llevar sus luces y su gloria á una nación extranjera, no tuvo demostración alguna para este sabio, orgullo de la España. Este país, que tiene grandezas de España y grandes cruces en abundancia para premiar cualquier acontecimiento, no tuvo un título, no tuvo una gran cruz para el hombre cuya fama será imperecedera mientras el saber exista en el mundo. Verdad es que Orfila llevaba en sí la mas alta distinción, la que únicamente puede conceder Dios á los mortales, la sabiduría. Podía decirse de él, lo que decía Francisco I á sus cortesanos cuando le criticaban porque prodigaba públicamente muestras de deferencia y amistad á Leonardo de Vinci, muestras que negaba á los mas grandes señores de Francia.—*Yo puedo crear cuantos grandes quiera de los últimos del pueblo; solo Dios es bastante poderoso para crear un genio como Leonardo de Vinci!*

Las distinciones que la España hubiera podido dar al grande hijo que desconoció, no hubieran podido añadir nada á la estatua que le ha levantado la primera nación civilizada del mundo, y á la ilustración y celebridad que él mismo ha sabido dar á su apellido.

Podrían aplicarse á Orfila con respecto á su patria aquellas palabras del Evangelista: Vivió en medio de los suyos, y los suyos no lo conocieron.

A D. ANTONIO ORFILA.

Tú, querido amigo, llevas el nombre que ha hecho inmortal tu hermano, y cuyas tradiciones perpetua en la escuela de Medicina de París, tu hijo Inocencio, catedrático de ella hoy, aun en la flor de su juventud. Tu vida ha

sido tan agitada, como la de tu hermano! También á ti te confi6 tu padre, á merced de las olas del mar, y también el genio te llevó fuera de tu patria. Al lado del civilizador del Egipto, fuistes uno de los poderosos agentes de Mehemet-Ali, y mas de una vez tendiste tu protectora mano á los cristianos de la Grecia, cuando á sus risueñas comarcas llevó la destruccion y la muerte Ibrahim-Bajá, hasta que la Europa tornó su vista á aquellos pobres cristianos, que renovaban por la cruz y su independencia las glorias de sus padres de Marathon y de Platea!!!

Al volver á tu patria, tú solo diste crédito al nuevo Fátima, á Gorritz, que desde el fondo de una prision habia re-

velado riquezas mas cuantiosas que las que habia soñado aquel en el castillo de If, y por tu impulso y direccion se desenterran en Hiendelaencina tesoros mas abundantes que los fabulosos de la isla de Monte-Cristo. Y un nuevo género de industria anima y fecundiza la provincia en que viviste á fijarte á tu vuelta de Egipto!...

A nadie mejor que á ti podia dedicar los recuerdos de un hermano que tanto amabas, orgullo de la patria que le dió el ser, y gloria de la Francia que supo conocerle y honrarle con una estátua como uno de los hombres útiles á la humanidad.

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

### LA IMPRENTA.

Vamos á hablar de una invencion que ha producido el gobierno constitucional. Admirados quedaron los hombres la primera vez que oyeron un tiro y vieron sus resultados. No disminuyó su admiracion, cuando vieron que aquel ruido y aquella muerte repentina, se producian poniendo en un tubo uno ó dos polvos de unos granitos negros parecidos á la simiente de las adormideras, que estos granitos, en lugar de germinar y producir hojas y flores, estallaban é iban á matar á las gentes á grandes distancias, pareciéndose aun en esto á los granitos de las adormideras, que hacen dormir de cierto modo, pero siendo muy superiores en sus cualidades á aquellos granitos en que el sueño que procuran es eterno.

Pues bien, la invencion de este granito negro que ha dado al número, á la cobardía y á la destreza una ventaja invencible sobre la fuerza y el valor personal, esta invencion no es nada en comparacion con la de que vamos á hablar á nuestros lectores. La primera, *la pólvora*, se hace con carbon y salitre. Ved aquí el modo con que se usa de la segunda.

Muchos miles de hombres van á buscar en los rincones, en los basureros, en los sitios mas sucios, trapos, trozos asquerosos de harapos podridos. Se los encierra en cuevas, donde se les hace podrir aun, despues se hace con ellos una pasta, que se estiende y se la deja secar en hojas muy delgadas, *el papel*.

Por otro lado se quiebra un veneno violento que se llama nuez de agallas, se le mezcla con un poco de otro veneno, que se llama vitriolo, con lo que se forma un liquido de un color triste y fanesto, color de luto y de muerte: *la tinta*.

Por otra parte se han juntado curiosamente las plumas de un animal, emblema de la tontería, y cuyo nombre se tiene por una injuria, *el ganso*. Se cortan en forma de dardo. Cuando ya está hecho esto, millares de gentes se ponen sobre mesas y se dedican á un ejercicio singular que vamos á referir. Este licor negro compuesto de la mezcla de dos venenos, está en un vasito delante de ellos, que armados del arpon de pluma de ganso se entregan á la pesca de veinte y cuatro *signos (el alfabeto)*, que ponen á

secar los unos despues de los otros, sobre las hojas delgadas, producto de las diversas podredumbres de que habíamos hecho poco, es decir, para hablar con mas claridad, que de su pluma de ganso mojada sobre este veneno negro, forman sobre el papel veinte y cuatro dibujos pequeños, siempre los mismos, pero en un orden diferente, poniendo el uno antes que el otro, ó éste despues de aquel.

Por este medio se destruyen las religiones, se destronan los reyes, se deshonorá ó ridiculiza á los particulares, se escitan los odios, se enciende la guerra y se hacen verter torrentes de sangre...

Es peor que los caracteres mágicos, que los signos cabalísticos de los encantadores!

Veis un hombre, que vive tranquilo, feliz, sin deseos en su retiro, á cien leguas de distancia vuestra, pues bien, trazados ó tres docenas de esos signos elegidos entre los veinte y cuatro. Ese hombre al recibirlos palidece, animanse sus ojos con un sombrío fuego, rechaza las caricias de sus hijos, pierde las ganas de comer, se perturba su sueño, no se atreve á salir de su casa temiendo la burla, la risa del mundo. Habia comenzado con ardor una obra, habia depositado en ella sus mas dulces recuerdos, sus mas frescas sensaciones, arroja al fuego su obra; todo esto porque habeis trazado esos malditos signos en tal ó cual orden!...

Ahora mirad hácia otra parte; á cien leguas de otro lado un pobre jóven en una bohardilla sin muebles devora algunos mendrugos de pan, gruesas lágrimas caen de sus ojos enrojecidos por las vigilijs ó por la miseria, no se atreverá á salir de su casa, es tímido con la timidez de los orgullosos, porque le parece que todo el mundo ve su miseria y le insulta, por otra parte encuentra que tienen razon; se halla desanimado, no se siente ni con fuerzas ni con talento, no es bueno para nada, no hará nada!

Tomad entonces los mismos signos de que os habeis servido hace poco, poned este antes de aquel: bien: quitad aquel de donde está, ponedle allí: muy bien: cambiad de lugar aquellos otros dos: perfectamente: poned al principio lo que está al fin, poned al fin lo que está en medio: no puede ir mejor.

Mirad: levanta la cabeza, los colores de la salud, de la vida, de la esperanza, vuelven á brillar sobre su rostro, alza los ojos al cielo, su sangre circula libremente en sus venas, se siente fuerte, sabe que alcanzará su objeto, se



*Ant. Gállego pinx.*

*Imp. Michalon, 52, r. de la Ferrería-Puerta*

*La Palla 20*

*Escenas de la vida campestre*

Ayuntamiento de Madrid

han borrado para él todas las miserias del pasado y del presente, no ve mas que las glorias y las alegrías del porvenir, sus mendrugos de pan seco se han convertido en pöllas y perdices, su tablado de pino se ha trocado en una elegante y mullida cama, las jóvenes hermosas que antes le desdeñaban le sonrien con afabilidad, continúa su obra con confianza, sale á la calle para que le vean, para que le admiren, y baja la cabeza al entrar por una puerta cochera, ¡tanto cree que ha crecido y se ha elevado! ¡Capaz es de bajarse bajo el cielo por no engancharse con una estrella!!!

Vean nuestros lectores con lo qué y cómo se gobierna hoy el país!

Muchas escuelas hay donde se enseña á los niños á mojar plumas de ganso en el veneno negro en cuestion, y á trazar los veinte y cuatro *signos*.

Con estos veinte y cuatro signos, que todos saben trazar, se atacan, se ofenden, se hieren los unos á los otros.

¡Se derriba y se destruye todo!

La pólvora sirvió para dominar á los hombres; la escritura, estendida por la imprenta, para dominar el pensamiento!!!

## ESCENA DE LA VIDA CAMPESTRE.

La lámina que hemos dado á nuestros lectores en el album, es uno de los mejores cuadros que existen en el museo de Berlín, que representa una joven aldeana que va al mercado acompañada de su hermano mas pequeño y de un perrito. La aldeana al pasar un rio se encuentra contrariada por la falta del barquero; pero su hermano el pequeño toma una de las bridas del caballo, la hace subir en él, y la decide á vadear el rio. El perro, que ha conocido la intencion, se lanza á nado, y con sus ladridos anima á sus amos á que le imiten. El joven, por via de precaucion, ha tomado un palo en la mano, el cual le sirve para sondear el camino. Esto es lo que representa el cuadro de Julio de Collignon, y que ya hemos dicho existe en el museo de Berlín. Las figuras están muy bien representadas: en la del joven se ven la audacia y la alegría. La de la joven tiene cierta espresion de temor, y no contentándose con el sosten de la brida, se agarra á la silla del caballo. El dibujo es correcto, y el colorido brillante.

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### RECUERDOS DE NORMANDIA.

UN MES EN EL HAVRE.

El Havre.—Su aspecto.—Su historia.—Regatas.—Prisioneros rusos.—La ermita de Honfleur.—Recuerdo de la fuga de Luis Felipe por el Havre en 1848.—Delicioso golpe de vista al ponerse el sol.—La roca del agujero del Hombre.—Historia del marinero Romain.—Rocas gigantescas.—Album del viajero.

SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO:

Al estrechar su mano amiga en París, despues de haber visitado la esposicion general de la industria francesa y asistido al espléndido recibimiento que Napoleon ha hecho á la reina Victoria en los ocho dias que ha pasado en la capital del mundo civilizado, y al despedirme de vd. para hacer una escursion en la Normandia, me encargó le escribiese para el *Museo de las Familias*, algunas de las impresiones que me causase ese país tan poético y lleno de recuerdos históricos.

La celeridad que ofrecen los ferro-carriles, de que se halla cruzada la Francia, hace que esta espedicion, en que en otro tiempo se empleaban muchos dias, sea un paseo desde París, porque en cuatro horas y media traslada en vapor al curioso viajero al puerto del Havre.

Las dulzuras de un viage en la cómoda butaca de un wagon, son capaces de seducir todas las imaginaciones haciendo pasar rápidamente ante la vista de una comarca

magnífica, rica y lozana en vegetacion, en donde pacen esos grandes rebaños de bueyes y vacadas peculiares de Normandia. Tan pronto debajo de la tierra en grandestúneles, tan pronto sobre el caudaloso Sena, viendo á los pies de uno mil pintorescas poblaciones y atravesando la ciudad de Rouen, donde se admira su preciosa catedral con sus altas agujas y sus torres cáladas de magnífica filigrana de piedra, se llega en cuatro horas, siempre contemplando un bellissimo y variado panorama, al Havre.

El Havre es el puerto de mar mas frecuentado de la Francia, La ciudad estaba llena de esas barricas de azúcar, de esos inmensos fardos de algodón que se ven pasear eternamente por las calles y los muelles como conquistadores. El Havre es una ciudad poblada de mercancías, los hombres son allí una cosa accesoria. Se ven un cierto número de ellos que marchan con cierta apariencia de libertad, empero que van acompañados por bultos que los vigilan. Esos fardos de algodón, esas barricas de azúcar que se encuentran por todas partes, tienen casas de campo en Ingouville, Honfleur y Saint-Andresse, en donde pasan el verano; son generalmente muy ricos y viven honradamente en familia. Las calles del Havre se ven llenas de pasajeros de todo sexo y de toda edad que emigran á los Estados Unidos, que engañan su ociosidad con paseos sin fin sobre los diques y el muelle, desde donde sus ojos buscan el mar.

El Havre descansa sobre un terreno abandonado por el mar. Algunos autores designan á esta ciudad un origen muy antiguo, y pretenden que fué edificada sobre las ruinas de *Itius Portus*, célebre en los Comentarios de César, pero esta asercion no reposa sobre prueba alguna, siendo

la opinion mas generalmente acreditada de que su fundacion se debe á Francisco I, rey de Francia. Queriendo este príncipe poner un dique á las correrias de los ingleses en Normandía hizo explorar las costas de Francia, y el almirante Bonivet designó las lagunas de *Nuestra Señora de Gracia*, en la embocadura del Sena. En 1516 se edificó la ciudad y perfeccionó su puerto dándole el nombre de *Havre*, que significa puerto.

Se designaba en otro tiempo la ciudad de Havre bajo el nombre de *Havre de Nuestra Señora de Gracia* del nombre de una capilla dedicada á la Virgen, que ocupaba en otro tiempo el sitio donde se halla hoy su catedral. Mas tarde se le llamó *Havre de Gracia*. Hace ya largo tiempo que solo se llama *Havre*, único nombre que se emplea en los actos y documentos públicos.

En 1525, durante la noche del 15 de enero, el mar saltó las líneas de defensa: las casas fueron arrasadas por la tempestad, y la poblacion casi toda entera desapareció durante aquella terrible noche. La naciente ciudad no era mas que un monton de ruinas.....

El 1545 volvió á reedificarse. En 1562 los protestantes entregaron la ciudad á los ingleses, y vino á reconquistarla en persona Catalina de Médicis, en 31 de julio de 1563.

En tiempo de Luis XIV se abre una nueva era de grandeza y prosperidad para el Havre. En las guerras que mantuvo este gran rey con la Europa en 1694 sostiene un fuerte sitio de las escuadras de Inglaterra y Holanda y las obliga á retirarse, despues de haber visto destruidas ciento cincuenta y nueve casas por el fuego de los enemigos.

En 1749 Luis XV vino á visitar el Havre, que era entonces el primer puerto de guerra, y el 3 de julio de 1759 resistió un bombardeo de cincuenta y dos horas de la escuadra inglesa.

En 1763 Luis XVI visita el Havre, y mas tarde durante los años de la república francesa, sufre cinco bombardeos de los ingleses en marzo, mayo, junio, julio de 1798 y junio de 1799.

El 7 de noviembre de 1802 Napoleon vino al Havre, visitó las obras comenzadas, recorrió la playa y prometió al Havre un porvenir que no se ha realizado sino despues de 1814.

En 1834 Luis Felipe vino tambien al Havre é impulsó poderosamente las obras para su engrandecimiento.

Desde el principio de la paz, el puerto del Havre fué creciendo en importancia. Abriéronse nuevos diques, se agrandó la ciudad al Norte y al Este, retirándose las fortificaciones, y se han ejecutado los grandes proyectos concebidos en tiempo de Luis XVI. Hoy el gobierno de Napoleon III, para ensanchar la ciudad ha hecho derribar las murallas de la parte de tierra y hace ejecutar inmensos diques para recibir los vapores tras-atlánticos.

En el día 4 de setiembre del año pasado yo mismo he presenciado el ver colocar al príncipe Gerónimo Bonaparte la primera piedra para la construccion de un nuevo y magnífico hotel de villa. Día de júbilo y de alegría para el Havre, y que se celebró por la tarde con una fiesta nacional llamada *regata*, fiesta particular, característica de este puerto.

Esta fiesta náutica se compone de carreras de buques á vela ó á remo, y todas las naciones como todos los puertos vecinos fueron invitados á concurrir y tomar parte en

ellas. Espectáculo verdaderamente magnífico y gracioso el ver las orillas del mar cubiertas de una muchedumbre inmensa ansiosa de participar las emociones de la lucha, en tanto que sobre la líquida llanura se lanzan saltando bajo los golpes hábiles y acompasados de los remeros cien fugitivas y ligeras barcas. Mas lejos, en el mar, el golpe de vista toma otro aspecto: buques á la vela empavesados con sus colores luchan en destreza é inteligencia en sus maniobras.

Despues en el fondo del cuadro elegantes vapores cargados de numerosos pasajeros, surcan la rada dejando en pos de sí flotar sus penachos de ligero y azulado humo.

Sobre la altura de Saint-Adresse se están levantando fortificaciones que protejan la bahía de esta encantadora poblacion, uno de los arrabales del Havre. Quinientos rusos, de los que fueron hechos prisioneros al apoderarse los franceses de Bomarsund en el Báltico, trabajan en su construccion, y me ofrecieron el espectáculo de esa raza eslava tan poco conocida entre nosotros. Objeto de la curiosidad de los franceses lo son tambien de su benevolencia, y el obsequiarlos se ha hecho una moda. Las damas del Havre les llevan cigarros y comestibles. Es seguro que estos prisioneros, á quienes ademas el gobierno francés trata muy bien y deja en completa libertad, fuera de las horas de trabajo, echarán mucho de menos su ligera cautividad el día en que un cange ó la paz los devuelva á su patria. Discurren libremente por la ciudad, y yo los he visto en la noche del 14 de setiembre, en que el Havre celebró con magnificas iluminaciones y fiestas la toma de Sebastopol, pasear por las calles confundidos con los franceses, admirando los arcos y trofeos que adornaban la ciudad. Ni una palabra, ni una alusion los molestaba, y hasta no mostraban sufrir con aquella alegría. ¡Tan poco arraigado me ha parecido en ellos el espíritu de nacionalidad!...

La revolucion de 1848, fecha para siempre funesta para la Francia, ha dado al Havre cierta celebridad histórica que agradará tal vez saber á nuestros lectores. Por el Havre el rey Luis Felipe y la reina Amalia salieron de la Francia para la tierra del destierro, que debia convertirse en su tumba.

En febrero de 1848, en un tiempo frio, nebuloso y triste, como la afliccion que cubria de dolor su alma, se arrodillaba una muger en una capilla que hay al Occidente de la rada del Havre en Honfleur, é imploraba la proteccion de la Reina de los Angeles.....

Aquella muger era reina algunos dias antes: una tempestad acababa de hacer pedazos su corona, dispersar sus hijos y sus nietos lejos del hermoso pais de Francia. Era María Amelia, la augusta y santa esposa del último rey de los franceses, recibiendo al lado de la muger del pueblo, menos afligida que ella, y arrodillada como ella, sobre las húmedas y frias losas, recibiendo de manos del capellan de Nuestra Señora de Gracia el pan de la vida celeste, el pan que consuela y alienta los ánimos quebrantados por la adversidad. ¿Cómo esta reina habia venido á esta playa, á esta roca combatida por las olas del mar, á implorar de la Santa Virgen, patrona de los marineros y pescadores, proteccion y amparo para su esposo, rey hacia pocas horas, y ahora fugitivo y perseguido?

Esta es una historia de ayer, pero una historia terri-

ble, que me ha hecho estremecer al oír en aquella pobre capilla á donde habia yo entrado salpicado con la espuma de las olas del mar.

Mientras que París consumaba la revolucion, una parte de la prensa perseguía implacable con sus clamores á la desgraciada familia, que no sacaba de su trono mas que el sello de la dignidad real, que otra revolucion habia impreso sobre su frente, diez y ocho años antes, en 1850.

La viuda del duque de Orleans, arrancada de la cámara de los diputados, donde su heroísmo se habia estrellado contra tantos corazones tímidos, olvidadizos ó ingratos, contra tantos poderes hostiles, inciertos y efímeros, habia sido recogida por un amigo fiel.

El duque de Nemours, que su título de regente señalaba mas particularmente á la irrellexiva violencia de las masas, se habia separado de la valerosa princesa á quien su presencia comprometió mas que protegió.

La infanta doña María Luisa Fernanda, hermana de nuestra reina Isabel, y heredera presuntiva entonces del trono español, huía sola, á pie, en medio de las frenéticas turbas, espiondo el haberse unido al duque de Montpensier, uno de los hijos del rey contra quien se levantaba el pueblo de París.

Luis Felipe, escondido en lo interior de un cabriolé de alquiler huía dirigiéndose á Dreux, no para recoger oro como publicaba la prensa... sino para cumplir una santa peregrinacion, y depositar sobre la tumba de su hijo las primicias de su infortunio, porque en la hora de la desgracia la grande sombra de los muertos protege solo á los vivos!

La santa reina aislada de todos, y reasumiendo los dolores de todos, trataba mas que de huir, de reunirse á aquellos que aun podía fortificar su resignacion.

Sobre el punto culminante de la costa de Honfleur en el Havre, en un pequeño pabellon aislado, desde donde se estiende la vista sobre todo el litoral del Sena, llegó con Luis Felipe en la noche del 25 de febrero. Aquel pabellon pertenecia al coronel Mr. Perthuis. Nada habia prevenido. Solo habia un jardinero que cuidaba de esta pequeña casa de campo.

El general Rumigny, á quien el destino habia asociado en la fuga de los ilustres viajeros, llamó á la puerta y dijo al jardinero que aquellos dos personajes que tan de improviso venian á buscar allí un abrigo lejos de las tempestades de la capital, eran Monsieur y Madame Lebrum, tios de Mr. Perthuis.

Entraron, y cuando en su interior se felicitaba el general Rumigny de la piadosa impostura que los habia proporcionado la solícita, confiada y respetuosa acogida que les habia hecho el jardinero, llamóle este y llevándole á una sala inmediata, enseñándole dos litografías del rey y de la reina:

—¿Dudareis aun, le dijo á media voz, de que conozco al tío y á la tía de mi amo?...

Comprendiéronse el general y el jardinero: depositario éste de un secreto de Estado lo guardó fidelísimamente.

Allí permanecieron unos dias. Allí, pues que el infortunio aproxima las distancias, mas aun que el amor y la muerte, habiendo desaparecido toda etiqueta, hablaban con el hombre del campo, y el rey leía en alta voz los periódicos que éste podía procurarle, recibiendo á quema-ropa con estoicismo admirable las descargas que la prensa, óbe-

deciendo á la consigna de la revolucion, lanzaba contra el atesorador que suponian llevaba consigo montes de oro. Por toda respuesta el avaro, mejor dicho el pródigo rey con aire magestuosamente desdeñoso se contentaba con dar golpes en sus vacíos bolsillos y enseñar su sucia camisa.

Luis Felipe tuvo que abandonar forzosamente á la reina en Honfleur, para intentar embarcarse en Trouville para Inglaterra. Mr. de Rumigny, que le habia precedido, habia tomado sus medidas para tener secreta la presencia del príncipe hasta la hora de su embarque. Le condujo á su llegada á una pequeña casa de la hija de un viejo marino, Victorino Barberi, hermano del capitán del puerto de Trouville. Esta muger, viuda de un capitán de navío muerto en un viage á Mesina, era estremadamente piadosa: habia concebido tal veneracion religiosa por la reina Amelia, que habia enseñado á sus hijos á orar delante de su retrato por la familia del rey. ¡Estraña sorpresa y gran ventura al mismo tiempo fué para esta muger sencilla y fiel el recibir en su casa á aquel que pocos dias antes llamaba rey de los franceses! Apresuróse á servirle con el mas afectuoso celo y á prepararle una modesta comida. Treinta horas pasó el rey oculto, escondido en esta casa en un pasadizo de un jardin; despues tuvo que volverse á Honfleur por no haber podido verificar su embarque, no sin meditar sobre lo estraordinario del destino, que le hacia encontrar su último asilo en una tierra de que los duques de Orleans sus antepasados habian sido los señores y dueños.

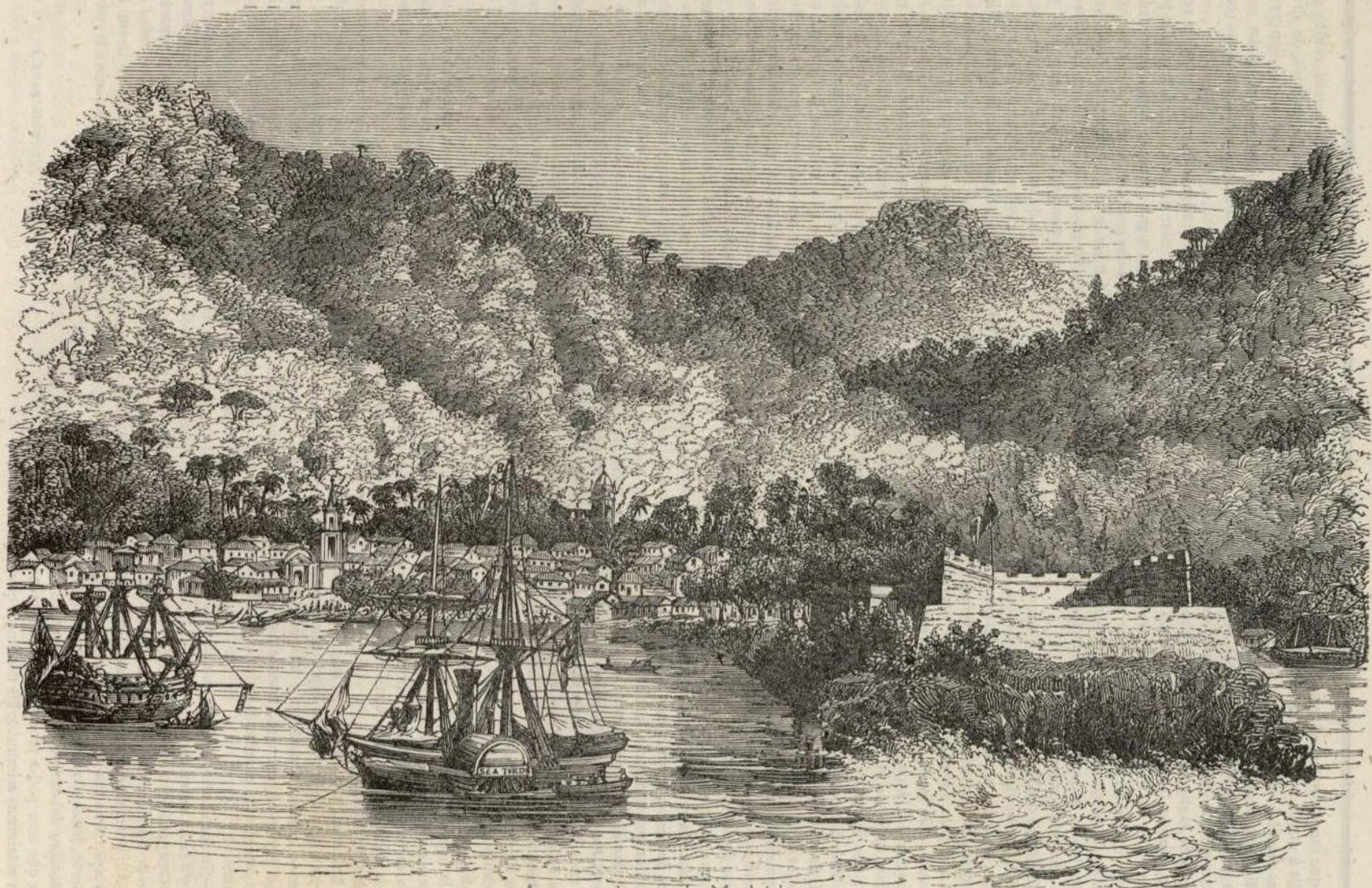
Al visitar, como casi todos los viajeros, la pequeña quinta del coronel Perthuis, recordé aquella terrible noche del 2 de marzo, que vió huir á un rey augustamente venerado; tanto por sus grandes virtudes como por su eminente capacidad, aquel rey que tanto habia contribuido á la consolidacion del trono de doña Isabel II en España, y al restablecimiento de su libertad. El tiempo era sombrío cual si la oscuridad de la noche hubiese querido prestar su apoyo á esta fuga misteriosa y llena de peligros; el mar estaba agitado; hubiérase dicho que este elemento queria oponer su inmensa barrera á la marcha de un rey que no debia volver mas á pasar sus ondas.

Embozado el rey en una ancha capa, estrechó en silencio la mano de algunos amigos fieles, cuya leal adhesion se hacia conocer en los dias de la desgracia y subió á bordo del vapor *L'Expres*, capitán Pawl.

Algunos instantes despues Luis Felipe no pertenecia ya mas á la Francia! Fué á encontrar una tumba en Inglaterra, una tumba que le negaba su ingrata patria!...

Durante mi permanencia en el Havre, alojado en una magnífica quinta que ocupaban en Sainte-Aresse los condes de Buena-Esperanza, marqueses de Gaviria, he podido contemplar los deliciosos alrededores del Havre, los mas bellos de la Normandía. Desde lo alto de sus cerros cubiertos de deliciosas casas de campo y jardines, abraza la vista una inmensa estension de mar. Velas y penachos de vapor pasan en el horizonte. Las colinas de los cabos de Antifer y de Honfleur, dejan ver por la parte de tierra lejanas perspectivas donde se ven asentadas sobre la yerba una porcion de risueñas poblaciones.

(Se continuará.)



Ayuntamiento de Madrid  
Vista del Puerto.